

Sus leyes quebrantó naturaleza;
¡Que tanto puede la virtud que llora!

Tú cruzas, ¡oh virtud! las altas nubes
Y la etérea región en raudos vuelos,
Se postran á tu paso los querubes,
Te escucha Dios y te recibe el cielo.

Si vencido Catón, en su despecho
Dijo, al hundirse con certera mano
Puñal agudo en el soberbio pecho:
“Virtud, tú eres un nombre, un nombre vano;”

Mintió. No es la virtud tan sólo un nombre,
Es el sosiego de la humana mente;
Y ¿para hablar al Ser Omnipotente,
Qué voz, si no su voz, le queda al hombre?

BERENICE

(LA VERONICA)

BERENICE

(LA VERONICA)

I. La Caridad.—II. Berenice.—Sentencia de Jesús. Camino del Calvario.—Cae Cristo con la Cruz á costas.—La mirada del Salvador.—Berenice acude en su auxilio.—Simón el Cyrineo.—El lienzo milagroso.—La Fe.—Diálogo entre Berenice y una de sus esclavas.

I

Corta la mar con la tajante prora
gallarda nave de pomposa vela,
y del inmenso piélagó señora
por sus llanuras dilatadas vuela;
á las ondas y al Noto desafia
y al mortífero rayo resonante;
de oro la sed hidrópica la guía,

y esquivada, desdeñosa y arrogante,
el orbe le parece espacio breve,
y nuevas playas á pedir se atreve
para saciar su anhelo y osadía.

Mas de improviso, prolongado trueno
en el espacio cóncavo retumba,
abre la mar el insondable seno
y da á la nave inesperada tumba;
lleva Aquilón la vela desgarrada,
ciegan del rayo los fulgores rojos,
y ¡oh soberbia humillada!
sólo flotan los míseros despojos
de la nave anegada.

Con trémula piedad el marinero
y medroso fervor ruega á María;
no escucha del amigo el lastimero
suspiro no acabado de agonía;
arroja el oro, su tirano fiero,
sólo quiere vivir, ase un madero,
y al roto leño su existencia fía.

Contadas son las horas de bonanza
en la mar de la vida procelosa;
roba la luz al sol de la esperanza,
nube del desengaño tenebrosa,
y venturoso el náufrago que alcanza
con los crispados miembros abrazado
á la frágil madera,
ser por olas benéficas llevado
á hospitalaria y próxima ribera.

Dobla el trabajo nuestro erguido cuello,
el alma gime en su prisión esclava;
mas guarda el corazón vivo destello
del astro que al Edén iluminaba.
En las tinieblas de la noche odiosa
de desengaños, luchas y dolores,
cual de faro eminente luz piadosa,
vibrando resplandores
y calmando las penas,
la *Caridad* asoma bondadosa
la blanca sien ornada de azucenas;
la virtud, que consuela y que sublima;
que al prócer honra y al mendigo anima;
que halla su propio bien en el ajeno;
virtud que viste con sus ricas galas
de cuantos sufren el desnudo seno;
ángel que huella de la tierra el cieno,
sin que se manchen sus nevadas alas;
rosa siempre fragante,
bella como las flores que da Mayo,
pura como del alba luz brillante,
y más fecunda que del sol el rayo;
virtud que en las borrascas de la vida
es isla de reposo bendecida,
y que la ley universal proclama
diciéndole al mortal: *espera y ama.*

Mirad á esa mujer á quien no aterra
el ronco estruendo de la cruda guerra.
¿A dó va? Del soldado
valiente y denodado
no á partir el laurel, sí los azares;
marcha sin cota de acerada malla,
por calmar del herido los pesares
al polvoroso campo de batalla.

Angel de lengua y enlutada veste
con funeral ciprés la sién ceñida,
en silencio mortal y gota á gota
vierte sobre la tierra estremecida
el cáliz de la cólera celeste,
y enardecido y sofocante brota
denso vapor de asoladora *peste*.
Todo es desolación, todo tristura,
los ojos sólo ven muertes y horrores,
El corazón palpita de pavura
rinde el orgullo la cerviz enhiesta,
desbandados se ocultan los amores,
y el dañino vapor al orbe infesta.

Y en medio del estrago de la muerte
de tantos inocentes y culpados
que en fétido montón junta la suerte,
y al lado del que salva el ancho abismo
de la plaga voraz con mil cuidados
(y es el primer cuidado el egoísmo),
débil mujer con animoso pecho,
la caridad llevando por corona,
ni un instante abandona
del moribundo el pavoroso lecho.

Tiende á todos solícita la mano,
afronta el mal sin tímida flaqueza,
que es el milagro del valor cristiano
quien la presta vigor y fortaleza.

Si Dios, de sus hechuras se olvidara,
tan sublime mujer le ablandaría
y su paterno amor reconquistara;
mas ¿qué mucho su arrojo y energía,

si la cristiana caridad la ampara,
si la divina caridad la guía?

Cobija, ¡oh caridad! toda la tierra
con las doradas orlas de tu manto,
y ante tu solio incontrastable y santo
mudas se postrarán la impía guerra,
la ambición insaciable,
la insidiosa perfidia,
la calumnia rastrera y miserable,
la descarnada envidia.
Divina caridad, tú puedes sólo
hacer los votos del infierno vanos,
y que del polo Norte al otro polo
haya un pueblo no más, pueblo de hermanos;
tú puedes en la *Diestra Justiciera*
apagar el voraz rayo encendido,
forzar las puertas del Edén perdido
y dar al hombre su mansión primera.

II

Vive en Jerusalén apuesta dama
de bello rostro, de virtud severa,
de noble stirpe, de intachable fama,
á quien el Asia con amor venera;
derrama sus riquezas generosa
para aliviar de la pobreza el llanto,
y es Berenice el nombre de la hermosa,
de Palestina encanto.

A la alta esfera en que feliz vivía
sólo como rumor indiferente,

que todos oyen y que á nadie inquieta,
la fama de Jesús llegado había.

—Quién le llama impostor y quién profeta,
quién sabio y quién demente,
quién como á soberano le respeta,
quién le corona de punzante espina;
es para el torpe escriba un delincuente
que reclama Satán desde el profundo,
para el que oyó su celestial doctrina
el prometido Redentor del mundo.

Ayer, Jerusalén, ebria de gozo,
como á rey de Israel le recibía,
y á su paso, con gritos de alborozo,
su manto por alfombra le tendía.
Pero, ¡ay! qué poco dura
ese amor de los pueblos ostentoso,
temprano fruto que jamás madura;
seméjase al arroyo bullicioso
que el verde prado en primavera esmalta,
las flores riega, por las piedras salta,
y copia en sus cristales la hermosura
del alto pino, del castaño umbroso,
y el desmayado sáuce;
pero se seca en el ardiente estío,
y no se ven en el invierno frío
ni leves huellas del borrado cáuce.

La muchedumbre instable
que á Jesús como jefe proclamaba,
porque rey invencible le juzgaba,
hoy con voz imperiosa y formidable,
no creyéndole ya caudillo fuerte,
pide á Pilatos le condene á muerte.
Acceder á tan bárbaro deseo

el procónsul rehusa,
viendo sin mancha al pretendido reo,
y criminal al pueblo que le acusa;
ni leve sombra de delito oculto
hallar Pilatos en su vida puede;
pero amenaza popular tumulto,
ruega en vez de mandar, vacila y cede.
Juzga al lavar sus manos temblorosas
los gritos acallar de la conciencia;
débil ante las turbas sediciosas,
firma de Cristo la mortal sentencia,
Aun sin romper el ponderoso yugo
en que gime entre penas y trabajos;
es la plebe un tirano con andrajos
y feroces instintos de verdugo:
siempre de sangre humana está sedienta:
valor, saber, virtud, todo la ofusca;
y cual rayo, que aborta la tormenta,
para arrasarlas las alturas busca.

Berenice no sigue
la nueva ley del justo *Nazareno*,
mas de Cristo el recuerdo la persigue;
vívida caridad arde en su seno,
y se pregunta si será inocente
aquel desconocido delincuente;
y sin saber por qué, suspiros lanza,
que muchas veces lo que el alma siente,
la inteligencia á descifrar no alcanza.
Y sumida en letal melancolía,
que la agobia con grave pesadumbre,

mira alborear el malhadado día
en que, desamparada la inocencia,
del peñascoso Gólgota en la cumbre
debe cumplirse la fatal sentencia
que á Pilatos pidió la muchedumbre.

Berenice, con ánimo abatido
por la duda que enerva y causa enojos,
ya que consuelo no, busca el olvido;
ya que no evita el mal, cierra los ojos;
y queriendo enfrenar el sentimiento,
que la sumerge en pertinaz tristeza,
oye la voz de femenil flaqueza,
y se orna y engalana
con túnica de seda siciliana
teñida por el múrice sangriento,
y con su manto leve,
blanco, cual de montaña nunca hollada
deslumbradora nieve;
y á sus esclavas llama apresurada
para que esmalten su cabello de oro
con su rico y espléndido tesoro
de costosa y pulida pedrería,
que la reina de Libia envidiaría,
donde lucen diamantes sin rivales,
preciosas esmeraldas de Etiopía
y albas perlas en ramas de corales.

En vano Berenice
desvanecer sus penas imagina:
plañidera bocina
con sepulcrales notas hiere el viento,

y el vibrante metal triste la dice:
que ya al suplicio va, que se avecina
de Jesucristo el postrimer momento.

Calenturiento frío
por su cuerpo serpea,
al oír el alegre griterío
con que celebra populacho impío
la muerte de la gloria de Judea.

Con insegura planta y lento paso
marcha Jesús bajo la cruz sangrienta;
es el dorado sol que va al ocaso,
el cedro que desgaja la tormenta;
es el mártir sublime
que á la culpable humanidad redime.

Vedle... se acerca ya... ¡Cuánto padece...!
Le afrentan con la cruz y la corona.
El verdugo á la víctima escarnece;
la víctima al verdugo compadece,
y el escarnio y la muerte le perdona.

Es su cansancio tanto
al palacio al llegar de Berenice,
que mide el suelo con su cuerpo santo,
y la impaciente plebe le maldice.
¡Ah! contemplad al Salvador del mundo
con la implacable muerte en fiera lucha;
para lanzar un ¡ay! sus labios mueve,
un ¡ay! desgarrador, muerto, profundo;
Berenice lo escucha,
á sus entrañas llega y las conmueve.

Se arrastra á la ventana: allí de hinojos
ve á Jesús á su puerta derribado,
sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
y en ella fijos los inmóviles ojos,
ojos llorosos que piedad inspiran,
ojos sin ira que el perdón predicen,
ojos que tristes al mirar suspiran,
ojos que tiernos al mirar bendicen.

Entonces, presa de emoción violenta
ante escena tan lúgubre y cruenta,
que jamás presenciaron los humanos,
su espíritu en tinieblas se sepulta,
y en las ebúrneas manos
el bello rostro temblorosa oculta.

Privada de la acción, sólo un momento
muévela á poco generoso intento;
ir en apoyo de Jesús decide:
y ni sus fuerzas mide,
ni en sus peligros piensa,
ni en que va á ser la sola recompensa
de los viles sicarios la venganza;
y con pie ligerísimo se lanza
de mármol por la nítida escalera;
sus esclavas la siguen; azorada
y audaz traspasa la oprimida hilera
de la gente agolpada;
llega á do está Jesús, llega y le mira
marchita la color, postrado, yerto;
sólo porque suspira



Jesús en camino del Calvario.

se puede comprender que no está muerto;
alas de ángel quisiera
tener para arrancarle de la turba
y remontarle á inaccesible esfera;
y por calmar al menos un instante
la acerba angustia que á Jesús conturba,
le enjuga con el manto su semblante.

Esta muda protesta al pueblo enoja;
torvo sayón con mano encallecida
á Berenice entre la turba arroja.—

Queriendo prolongar el sufrimiento
de la víctima augusta escarnecida,
y que la opaca luz casi extinguida
de su débil vivir recobre aliento,
un hijo vigoroso de *Cyrene*
á Cristo presta mercenaria ayuda;
Simón el peso de la cruz sostiene
en su espalda forzada.

Sin la pesada cruz que le rendía
se levanta Jesús, y lentamente
vuelve á emprender la desolada vía,
el áspero camino del suplicio. . . .

El Padre Omnipotente,
al cumplirse el horrendo sacrificio,
inclina al pecho con dolor la frente;
suspéndese del cielo el himno eterno;
los ejes de los orbes se estremecen,
y del vencido averno
las volcánicas llamas palidecen.

Ir en pos de Jesús quiere la hermosa;
pero sus pasos cierra
compacta muchedumbre numerosa,
y cual herida de sulfúreo rayo,
súbito y piadosísimo desmayo
de sus esclavas á los pies la atierra.

Al volver á la vida
mira su blanco manto ensangrentado,
y en él con líneas de carmín grabado,
el rostro de Jesús ve sorprendida.
Destácase de Cristo la cabeza,
acabado modelo de hermosura,
sin sombra de rencor ni de tristeza,
ornada de esplendor y de ternura;
sin torvo ceño ni mirada aviesa,
parece que á la triste Berenice
la bienandanza celestial predice,
y amor, sagrado amor tan sólo expresa;
parece que ha olvidado sus agravios,
que ha vencido el rigor de las desgracias,
que va á mover los dibujados labios
para decirle "adiós" y darla gracias.

El lienzo besa convulsiva y muda,
y en plácido fervor trueca su duelo;
ya vacilar no puede, ya no duda;
Jesucristo es su Dios, el Dios del Cielo.
¡Oh, inefable momento!
En raudales de luz baña su mente;
las brumas rasga de la *duda* ciega;
en el santuario de su pecho siente
el misterioso y vago movimiento
de un alma que se va y otra que llega.

Deja de ser el ave solitaria,
que con flecha afilada el pecho herido,
sin fuerzas vuela tras lejano nido;
el bajel que, con ansia temeraria,
en un mar sin orillas va perdido.
Es de su corazón cada latido
de enardecida fe muda plegaria.

No sueña, no delira,
no es mentida ilusión que se evapora;
el lienzo toca y el portento mira;
ve de la fe la sonrosada aurora,
y el aura pura del Edén respira;
se desprende en sereno y libre vuelo
del barro vil de la mansión terrena,
y se enlaza con mágica cadena
al infinito Sér, cielo del Cielo.

Sin apartar un punto Berenice
los fascinados ojos
del blanco cuadro con perfiles rojos
que en éxtasis la arroba dulcemente,
cual si viera á Jesús, sumisa dice:
—"No soy digna, Señor, de este presente."
La responde una esclava
que de Cristo la imagen
con estupor y asombro contemplaba:
—"Nadie cual tú merece
ser exclusiva dueña
de ese fúnebre dón, de amor enseña,
que te abisma, te halaga y entristece.
Ese regalo del Eterno Padre
para tu bien recibe;
¿quién más digna que tú?"
—"¿Quién? ¿Pues no vive

De Jesucristo la apenada madre?"

—“Su madre sí; pero al saber que á muerte
al hijo de su amor han condenado,
por no correr su miserable suerte,
este suelo de horror habrá dejado.”

—“Calla, desventurada, y obedece;
el temerario pensamiento enfrena;
no rebaja el dolor, sino enaltece;
nunca es cobarde corazón que pena.

No insultes al pesar hondo y prolijo.
Corre á llevarla el funeral sudario.
¿Aun vacilas, mujer?... Ve tras el hijo...
á sus pies la hallarás... en el Calvario.”

LA HIJA DE JAIRO